

niosos métodos con que algunos de aquellos obstáculos están neutralizados.

La dificultad de la comunicacion, por ejemplo, debería ser sin duda uno de los inconvenientes que ofreciera aquella capital: pues esta dificultad desaparece, gracias á un servicio de correspondencia interior perfectamente organizado que permite comunicarse rápidamente por medio de multitud de estafetas colocadas en todos los barrios, y cuyas cartas se reparten de dos en dos horas.—La rigidez del clima en mucha parte del año debería tambien hacer poco frecuentadas las calles, y paralizar en gran parte el movimiento de la poblacion; pero para ocurrir á este inconveniente, un sin número de coches, berlinas, cabriolés de todas formas y gustos, estacionados en las plazas y calles, están prontos á conducir á los que los alquilan por dias, por horas, ó por un viage solo.—Aun mas; los enormes faetones designados con los nombres de *Omnibus*, *Damas blancas*, *Favoritas*, *Bearnesas*, etc., pudiendo contener cada uno de catorce á diez y seis personas, se han repartido modernamente todas las grandes líneas de la ciudad, y recorriéndolas constantemente *de diez en diez minutos*, van recogiendo al paso á todos los que gustan subir, y todavía le franquean correspondencia con otra línea, de suerte que por *seis sueldos* (unos nueve cuartos) que es el precio de cada viage, pueden recorrerse distancias enormes con toda comodidad.

Para proporcionar paso entre dos calles principales, para dar mas estension al comercio y mas elegancia á la ostentacion de la industria mercantil, se establecieron las bellísimas galerías cerradas de cristal (*passages*) de que ya cuenta París mas de doscientas, y al paso que de riquísimos bazares de comercio, sirven de grato recurso contra la intemperie y el bullicio de las calles.—La inmensa

afluencia de forasteros y gentes baldías ha dado lugar á miles de posadas y fondas magnificas donde se halla satisfecho desde el mas modesto deseo hasta el lujo mas desenfrenado; y la falta de la sociedad íntima (casi imposible en pueblo tan estenso y agitado), ha ocasionado un sinnúmero de espectáculos públicos, ó mas bien un espectáculo perpétuo para el que llega á faltar hasta el tiempo material.—Por último una bien entendida policía, ejerciendo su continua vigilancia, garantiza la seguridad pública y privada, satisfaciendo de este modo otra necesidad indispensable en un pueblo en donde al lado del lujo mas asombroso, reina tambien la mas horrorosa miseria; al lado de las virtudes mas nobles, toda la depravacion del crimen.

Hay en el idioma francés un verbo y un nombre que se aplican especialmente á la vida parisiense. y son el verbo *flaner*, y el adjetivo *flaneur*.—No sé como traducir estas voces, porque no hallo equivalente en nuestra lengua ni significado propio en nuestras costumbres; pero usando de rodeos diré que en francés *flaner*, quiere decir:—«andar curioseando de calle en calle y de tienda en tienda,»—y ya se vé que el que tratára de *flanear* largo rato por la calle Mayor ó la de la Montera, muy luego daria por satisfecha su curiosidad, porque en un pueblo sin industria propia. y que tiene que importar del estrangero la mayor parte de los objetos, debe ser reducido el acopio de ellos, y no dar materia á una prolongada contemplacion.—París por el contrario, es el mas grande almacen de la moda, la fábrica principal del lujo europeo, y en sus innumerables tiendas vienen á reunirse diariamente todos los adelantos, todos los caprichos de las artes bellas y mecánicas; de suerte que por muy exigente que quiera ser la imaginacion del

espectador, todavía puede estar seguro de verla sobrepajada por la realidad; todavía se le presentarán objetos de tal primor que no hubiera imaginado en sus mas caprichosos ensueños.

Esta actividad de la industria, este poderoso estímulo del interés, ha dado tambien ocasion á otra especialidad propia de París, que consiste en el arte, ó mas bien la coquetería con que todos aquellos objetos están espuestos al público en las portadas de las tiendas; gracia singular de que con algunas escepciones carecen todavía las nuestras, y aun las riquísimas de Lóndres pretenden en vano disputar.—La necesidad de fijar obligadamente la vista del rápido transeunte, y de decidir su voluntad fluctuante entre millares de objetos, establece entre ellas una lucha ó rivalidad perpétua, de que viene á resultar un magnífico golpe de vista.

No le basta solo al mercader parisiense ocupar con su surtido almacen todos los pisos de una casa; no le basta enriquecer su portada con decoraciones magníficas ó extravagantes; adornar su entrada con elegantes puertas de bronce y con cristales de una dimension y diafanidad prodigiosas; no le basta señalarle á la curiosidad con enormes y simbólicas enseñas, é iluminarle de noche con un gran número de mecheros de gas; es preciso tambien que sepa colocar diestramente en los ricos aparadores de su entrada todos los mas bellos objetos de su surtido, presentados bajo su mejor punto de luz, y pendiente de cada uno de ellos sendas tarjetas con su precio respectivo.—¡Qué no inventan el capricho y el interés combinados para atraer por un instante la fugaz vista del pasajero; para despertar en él deseos que de otro modo no le hubieran ocurrido jamás!

La rica joyería le ofrece una multitud de alhajas que

bastarían á agotar el tesoro de un monarca, y al lado de las mas preciosas materias, el arte le presenta su perfecta imitacion; pero con tan superior maestría que solo llega á convencerse de ella el que lo mira, cuando á un lado puede leer el letrero que dice: *oro, plata, diamantes*, y en el otro *imitacion de oro, plata y diamantes*.—Una relojería para estar allí decentemente adornada, necesita ostentar á la vista cuatrocientos ó quinientos relojes de oro, de valor de doscientos á mil francos cada uno; y las fábricas de péndolas de bronce y mármoles las presentan tambien por centenares, de todos los tamaños, y de la mas rara perfeccion.—Los anteojeros y fabricantes de instrumentos físicos, desplegan tal riqueza, que parece imposible que el poseedor de aquel capital tenga necesidad de trabajar mas.—Cada *papeterie* es un bellissimo museo de curiosidades en objetos de escritorio, en carteras, albums encuadernaciones y grabados; cada tienda de música un verdadero concierto de bellisimos instrumentos, lindos libros de canto y preciosas viñetas litográficas.—Las librerías y gabinetes de lectura pueden llamarse bibliotecas, habiéndolas que cuentan con un surtido de cien mil y mas volúmenes en todas lenguas aun las mas estrañas, y el inmenso acopio de las nuevas publicaciones del dia.—Cada tienda de sastrería presenta tan asombroso surtido de ropas hechas, que pudiera bastar á un regimiento entero, y además en graciosos maniquis del tamaño natural ofrece á la vista el corte mas moderno de aquellos trages.—Un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demás muebles de tocador, coloca bellisimas y espresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, y en sus gracias perpétuas la moda de todos los tiempos, la hermosura.—Un fabricante de pieles no se contenta con presentar tras sus

cristales las muestras de aquellas, sino los mismos animales que las usan, un tigre, un leon, una pantera, perfectamente empajados, y que con su aptitud imponente y su desapacible verdad, causan miedo al que desapercibido los mira por primera vez.—Un zapatero, un sombrerero, una fábrica de guantes, saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la extravagancia.—Toda ponderacion es poca para pintar el grado de belleza y ostentacion que esplayan todos los almacenes de muebles, y los de sederías, algodones y lienzo, la riqueza de sus chales de cachemira, y la inmensidad de piezas de telas de cuantos gustos y caprichos puede inventar la imaginacion; y sería tambien atormentarla el seguir en sus diversas faces la instable variedad de la moda que en sombrerillos y prendidos, camisas, flores y bordados presentan á cada paso y á cada hora las innumerables tiendas de modistas y costureras.

Pero ¿qué mas? hasta los comercios mas modestos, *el especiero* por ejemplo, (tipo especial de París que tiene algo de nuestros lonjistas, de nuestros drogueros y almacenes de ultramarinos y mas que todos reunidos), sabe disponer con una gracia seductora á la puerta de su almacén los variados frutos que forman su comercio; las naranjas y manzanas, los caracoles, las ostras y cocos en elegantes pilas de cesped; los líquidos en bellísimas vasijas de mil colores, los sólidos en graciosos azafates de mil formas.—El confitero, verdadero artista y escultor, trabaja sus artefactos con la misma conciencia que aquel sus bellas estatuas, y en sus manos lo humilde de la materia desaparece ante lo magnífico de la forma.—Los pasteleros con igual destreza saben unir la belleza exterior con la realidad de la sustancia.—Los innumerables fondistas presentan en sus aparadores todo el primor del arte culinario

aplicado á los mas sabrosos productos naturales de todos los pueblos.—Por último, hasta los panaderos y carniceros disponen detrás de los cristales sus sólidas mercancías, con una limpieza, con una armonía tal de colocacion, que destierra de todo punto cualquier idea repugnante.

Pero hay sobre todo un género de comercio en París con el que en vano pretenderian competir los mas industriales pueblos de Europa, y este comercio es el del inmenso ramo de chucherías de lujo y de necesidad formadas de todas materias, conocido con el nombre de *bijouterie*.—En estos almacenes es donde realmente queda sorprendida la imaginacion, al ver la multitud de formas delicadas que todos los metales, todas las maderas, el marfil, la concha, el barro, el yeso, el cristal y porcelana reciben en manos del artista francés.—Toda la Europa y América lo saben, porque toda la Europa y América son en este punto tributarios de la moda de París; pero es preciso contemplarlo de cerca, penetrar en las casas de *Susse*, *Giroux* y otros nombres infinitos harto conocidos, recorrer sus salones cubiertos de preciosísimos objetos; contemplar las graciosas caricaturas de yeso y de barro por Dantan, las bellas estatuillas de bronce y de mármol que reproducen á todos los personajes célebres, desde el emperador Napoleon hasta el cantor Rubini ó la bailarina Taglioni; los innumerables artículos de estuches ó necesarios, tocadores, juegos, dijes y chucherías, y admirar, en fin, el ingenio y la industria humana que han llegado á hacer necesarias tan magníficas superfluidades.

Añádase á este brillante primor de las tiendas, que detrás de aquellas cristalerías y por entre los ligeros espacios que permiten tan variados objetos; á la luz de cien mecheros de gas reflejados en cien espejos que cubren las paredes y estanterías; sentadas en elegantes sillones, ó

paseando detrás de los inmensos mostradores, os está acechando una falange de seductoras *sirenas* (estilo antiguo), ó ya sea hasta una docena de mugeres *fatales* (estilo moderno) ricamente ataviadas, como para una *soirée*, bellamente prendidas, y contando además con una buena porcion de gracias juveniles, de amabilidad y destreza mercantil.—Y aqui me parece del caso hacer otro paréntesis, para el que pido de antemano la venia de mis lectores.

Esta utilidad, ó llámese explotación del trabajo mugeril, es uno de los extremos en que las costumbres francesas se apartan notablemente de las nuestras.—La galantería y la susceptibilidad españolas, no suelen avenirse bien con la idea de hacer de la muger un compañero en el trabajo, y menos aun con la de servirse de su atractivo como de un medio de especulación.—Bajo este aspecto, nuestras mugeres son más dichosas, si dicha puede llamarse el estar reducidas á una condicion pasiva, aunque rodeadas de cierta aureola de adoracion. Mas, mirado por otro lado, no deja de tener grandes inconvenientes nuestro sistema, inconvenientes que redundan en perjuicio de la sociedad, y que la misma muger es la primera á sentir.

En primer lugar, eliminando casi del trabajo á una mitad de la poblacion, queda reducida esta cuando menos á una mitad de productos.—Lo probaremos por un ejemplo.—Un mercader, v. g., que por un principio de delicadeza no quiere colocar á su muger detrás del mostrador, tiene que poner en su lugar uno ó dos mancebos; pérdida material para el comerciante, y pérdida para la sociedad; porque aquellos jóvenes, reducidos á un trabajo insignificante, dejan de dedicarse á otro más útil que requiera la inteligencia ó la fuerza.—Las mugeres, que debieran reemplazarlos en este

destino mas análogo á su delicadeza y al género de su talento, no encuentran tampoco ocupacion para el suyo, ó tienen que contentarse con una escasa retribucion á cambio de enojosas fatigas, y hé aquí otra pérdida para el sexo en general.—Por otro lado, un negociante, un fabricante, un propietario, asociando decorosamente su muger á sus trabajos, la inspiran mas interés por la sociedad comun; desenvuelven en ella el instinto del cálculo; entretienen su activa imaginacion, y la hacen por consecuencia menos accesible á las seducciones, y mas enemiga del lujo y los placeres.

El interés de la muger está tambien acorde en recibir un género de educacion que la predispone al trabajo, que dobla su valor, y que la emancipa, si ella quiere, de la tiranía del hombre, y de las fuertes cadenas de la seduccion.—Y no se asusten nuestras damas meridionales con estas ideas, que son las que rigen en todo el norte de Europa y América.—El trabajo, la ocupacion, es la mas agradable compañía; la instruccion la mas sólida dote, y la importancia social que reciben con ambas, en nada perjudica al entusiasmo que sus gracias personales pueden inspirar.—Los lores ingleses y los hacendados anglo-americanos suelen pagar á sus hijas las labores, cuyo importe suelen reunir para hacerlas un regalo nupcial: los comerciantes alemanes y holandeses asocian á sus mugeres á los trabajos de su bufete, y los franceses las colocan al frente de sus fábricas y de sus haciendas.—Pero sin salir de nuestra España: en Bilbao, por ejemplo, recuerdo haber visto á señoritas de las principales casas de comercio llevar los libros de caja con singular perfeccion, y á sus madres bajar al zaguan á recibir los importantes cargamentos, y disponer su colocacion en los almacenes; y nótese tambien que Bilbao es uno de los pueblos de España donde las

costumbres son mas puras, la inteligencia mas activa, y mas importante la riqueza.

Permitaseme este ligero episodio en favor (aunque ellas no lo crean así) de nuestras amables paisanas, muchas de las cuales, por fruto de un mal entendido método de educacion, suelen estar reducidas á calcular su importancia por el mayor ó menor caudal de sus gracias físicas, á verla desaparecer del todo con aquellas, y á quedar reducidas, cuando viudas, cuando huérfanas, cuando viejas ó desgraciadas de figura, á implorar la compasion de un seductor, ó á ganar la mísera existencia con un mezquino trabajo apenas recompensado.

Volvamos á París, donde un sin número de mugeres encuentran ocupacion regentando las tiendas, y llevando los asientos con tan rara inteligencia, que no puede menos de redundar en beneficio de los dueños que las emplean.—Todos nuestros cepillados mancebos de las tiendas de las calles del Cármen y la Montera, todos los vetustos dependientes de la calle de Postas y bajada de Santa Cruz, son unos miserables autómatas sin vida al lado de la mas insignificante muchacha de las calles *Vivienne* y *Richelieu*.—Su gracia persuasiva, el aplomo y destreza con que saben entablar y seguir la mas enredada polémica sobre el mérito de sus mercancías, sobre la baratura de su precio, sobre la necesidad de su uso, es para desconcertar al hombre mas exigente ó desdeñoso;—y ¡desdichado de él, si, seducido por cualquiera de los objetos que mira á la puerta, llega á salvar sus umbrales, y penetra en el sagrado recinto de aquellas encantadoras!;—porque no le valdrá decir que se ha equivocado, que no es allí donde se dirigia, que no es aquello lo que buscaba, que su precio es excesivo, ó que no le conviene en fin, por cualquier razon;

pues no bien lo habrá acabado de decir, cuando le desplegarán rápidamente á la vista otra infinidad de objetos análogos, de mas ó menos valor, de diversa ó semejante forma, de distinto ó el mismo color, y todos los gustos, en fin, incluso el suyo.—Si se le hace caro, le probarán aritméticamente que vale el doble; si no lleva dinero encima, se lo enviarán á su casa en un elegante paquete; y si ha entrado, por ejemplo, á comprar un par de guantes, acabará por decidirse á comprar unas camisas, ó *vice-versa*.

La misma amabilidad, la misma delicadeza, la misma coquetería con las damas que con los hombres; la misma solicitud para mostrarles todos los objetos del almacén; sin temer comprometer su delicado talle, subiendo una elevada escalera para alcanzar un paquete; sin descomponer su prendido, pasando y repasando cien veces por bajo del mostrador.—Y en medio de esta actividad, á la vista de sus gefes, siendo siempre el objeto de las espresivas miradas de los *flaneurs* parados delante de los cristales, sostienen sin interrupcion el diálogo con el recalcitrante comprador, y aun saben conservar una sangre fria que desconcierta á los temerarios, y seduce á los indiferentes.—Muchas veces, es verdad, cuando están solas, aparentando leer *El Constitucional* ó *El Siglo*, suelen asomar por bajo de sus políticas columnas los ingeniosos cuentos del favorito *Paul de Kook*; pero las ideas que estas lecturas despieratan, no vienen á *formularse* en ellas hasta el domingo próximo, en que, acompañadas de sus galanes, van á reirse con entusiasmo con los chistes del arlequin del Circo, ó á llorar amargamente y comer naranjas en los sanguinolentos dramas del teatro de la *Alegria (Gaité)*.

El espectáculo, sobre todo, de las galerías del Palacio

Real, de los Pasages y Baluartes con sus innumerables tiendas, luces y movimiento, es sin disputa el mas grande, el mas bello y seductor que llama la atencion del forastero en aquella capital; y á su lado vienen á ser poca cosa los espectáculos parciales, los aislados episodios, por grandes y magníficos que sean.—Desde los almacenes engastados en oro y pedrerías, hasta el mercader ambulante, que en el rincon de una calle ó en el átrio de un edificio establece su comercio de mil objetos heterogéneos, todos *á veinte y cinco sueldos* (cinco reales) cada uno; desde los magníficos almacenes de víveres hasta los surtidos mercados especiales de carnes, pescados, trigos, frutas y verduras; desde los mas ricos artefactos, hasta los mas mínimos caprichos; desde el diamante, cuyo peso solo puede sostener una corona, hasta la caja de palillos ó fósforos que os entrega un mendigo á cambio de una limosna disimuladamente solicitada; todo está dominado por un mismo impulso, todo es nacido de un mismo deseo; el de adivinar los caprichos y necesidades del hombre para brindarle su satisfaccion, á trueque del dorado metal.—Y allá van á reducirse y disolverse los grandes capitales, los trabajosos ahorros.—El príncipe austriaco ó moscovita; el comerciante holandés; el grande de España; el artista italiano; el lord inglés, y el hacendado de la Union, todos contribuyen poderosamente á mantener aquel inmenso taller de la industria parisiense; como prueban muy bien los numerosos paquetes de cédulas de todos los bancos del mundo, los profundos sacos de monedas de oro con la efigie de todos los soberanos, que con gran pena de los mirones, ostentan detrás de sus enrejados las muchísimas casas de cambiadores.

Un viage á París no es dispendioso por el gasto mate-

rial para la existencia (de que mas adelante hablaremos), ni aun tampoco por el que ocasionan los diferentes espectáculos que se brindan á la curiosidad.—Puede serlo, y lo es en efecto, por las nuevas necesidades que despierta, los deseos exagerados que la vista de tantos objetos viene á producir; y si el viagero es de un pais como el nuestro, en donde la industria y arte mercantil están poco avanzados, puede esponerse á ver fallidos sus cálculos si no sabe sobreponerse á las tentaciones, y cerrar los ojos á tiempo; seguro, como debe estarlo, de que si da rienda suelta á sus deseos, no por eso conseguirá satisfacerlos ni aun temprarlos, mas que sea un gran potentado; porque, por muchos que sean sus recursos, nunca bastarán á colmar los antojos que á cada paso le asaltarán: por bellos que sean los objetos que adquiera, no dará un paso sin encontrar con otros mil veces mejores; por mucha que sea su inteligencia, no por eso crea que dejará de ser engañado mejor.

Sobre todo, aconsejaría al recién llegado á París que en los primeros dias procure no comprar nada, hasta que, bien enterado de las diversas fabricaciones, pueda dirigirse para su adquisicion á los sitios mas propios; desconfie sobre todo de los magníficos almacenes del Palacio Real y Galerías, donde el precio de los objetos suele estar recargado para pagar el crecido alquiler de las tiendas: no crea tampoco las innumerables protestas y encomios de las muestras, carteles, diarios, listas y tarjetas que á cada paso le entregarán por las calles; que se haga, en fin, acompañar por algun sugeto práctico en estos negocios, pues de lo contrario corre peligro de ser víctima de su inesperienza; y de vuelta á su pais, ó habrá gastado el doble, ó habrá gozado la mitad.

La vida del estrangero en París, sus visitas á los esta-

blecimientos públicos, un ligero bosquejo del carácter y modo de existir de los habitantes de aquella capital, y el halagüeño cuadro de sus espectáculos y placeres, materia son para largos volúmenes, pero que habré de encerrar brevemente en los capítulos sucesivos.

X.

PARIS MONUMENTAL Y ARTÍSTICO.

Debe suponerse que el extranjero, al visitar la capital de Francia, ha tenido un objeto, ya de conocer y apreciar sus monumentos artísticos; ya su organizacion social y las costumbres de sus habitantes; ya de adquirir instruccion en los muchísimos establecimientos científicos que con ella le brindan, ya, en fin, de participar de los placeres y diversiones que ofrece la ciudad mas alegre y animada de Europa.—No es esto decir que por desgracia dejen de hallarse algunos (y no en corto número), que sin tomar en cuenta ninguna de estas consideraciones; sin conocer ni apreciar de antemano su propio pais, y sin consultarse á sí mismos sobre su respectiva vocacion ó inclinaciones, montan en la silla de posta, atraviesan los caminos, y desembarcan en las orillas del Sena, preocupados con la única idea de que á su vuelta podrán asegurar que «han visto á París,» atestiguándolo con el corte novísimo de su levita ó el lazo fantástico de su corbata.

Para estos espíritus frívolos, París es el taller de un sastre ó los bastidores de un teatro, así como Madrid es la calle de la Montera y el salon del Prado; para ellos nadie escribe, porque no saben ó no quieren leer.

Prescindiendo, pues, de estos autómatas viajeros, y suponiendo en el recién llegado á París el justo deseo de conocer y examinar el interior de aquellos objetos á que le llaman su vocacion ó sus inclinaciones, permitiráseme acompañarle con la imaginacion en sus visitas investigadoras, tomando de aquí pretesto para apuntar, aunque ligeramente, algunos de los infinitos objetos que al filósofo, al crítico, y al hombre de mundo ofrece la capital de los franceses.

Ante todas cosas, conviene advertir que un pueblo como París, visitado constantemente por cien mil y mas extranjeros de todos los países, clases y condiciones, es en cierto modo una ciudad que á todos pertenece; un centro comun que á todos inspira franqueza.—Por distantes que sean las regiones de donde proceda el forastero; por elevada su clase, por estraños sus usos é inclinaciones, está seguro de hallar en París otros de sus compatriotas, gentes de su gerarquía, usos y costumbres propios de su sociedad.—Por otro lado, la influencia de la moda francesa, estendida por la victoria, y dominando con su prestigio hasta los pueblos mas remotos, ha estrechado de tal modo las distancias, ha facilitado las relaciones con aquel pueblo, en términos que el viajero, ya predispuesto anteriormente con el conocimiento de su idioma, de su literatura y de sus costumbres, no halla apenas dificultad para adherirse á ellas, y fijar sus ideas en el punto de vista parisiense.

Una bien entendida administracion, apreciando debi-

damente cuanto importa á un pueblo el facilitar su acceso, y brindar con su grata hospitalidad al forastero, ha puesto siempre el mayor cuidado en garantir su seguridad; en proporcionar sus goces, en facilitarle los medios de conocer y apreciar los tesoros que encierra en su seno; y dedicando considerables sumas á embellecer y aumentar estos, los ha sabido llevar á un punto tal, que cuando otros motivos no ofreciera París, seria suficiente razon para visitarle, el deseo, la necesidad de conocer los mas bellos monumentos de las artes; los mas ingeniosos procedimientos de las ciencias; el vital cultivo de las letras; la brillantez sin igual de los públicos espectáculos.—Los mezquinos economistas y los opositores políticos, que, calculando niniamente en su aritmética interesada, censuran y regatean toda suma destinada á la proteccion de las artes, á la construccion de un monumento público, de un templo, de una estatua, de un arco triunfal; á la publicacion de una obra científica, al sostenimiento de un espectáculo nacional, pueden si gustan calcular el enorme beneficio que aquellas sumas, impuestas con tales objetos, reportan á la capital francesa, con la inmensa afluencia de forasteros que lleva á su recinto el deseo de visitar sus maravillas.

Grande es la facilidad que encuentra el viagero para penetrar en el interior de aquellos interesantes objetos; y este es otro de los medios que no podia descuidar la discreta administracion.—Consiguiente á él, bástale solo al forastero que desea recorrer los museos, las academias, las bibliotecas, los monumentos públicos, presentar simplemente su pasaporte para que todas las puertas le sean abiertas, aun en aquellos dias en que no es permitida la entrada al público parisien. Algunos establecimientos administrativos de instruccion ó de penalidad, algunas fábricas

cas ó edificios en construccion, exigen para ser visitados un permiso especial de un ministro de la corona ó del director respectivo; pero para obtenerle, solo hay necesidad de escribir una lacónica carta al ministro ó al director, pidiéndole el billete de entrada, que se remite al demandante al dia siguiente sin gasto ni humillacion de ninguna especie.—Los conserges y otros dependientes, encargados de enseñar los establecimientos, reúnen á los buenos modales el práctico conocimiento y una ingeniosa charla para describir á su modo los objetos; y hasta su moderacion en contentarse con una ligerísima propina, forma singular contraste con la exigencia y tiranía que en iguales casos reina en otros países, por ejemplo en Lóndres, donde recuerdo haber pagado diez *schelines* (unos cincuenta reales), por visitar los distintos compartimientos de la Torre, y otros exorbitantes derechos en las iglesias de San Pablo y de Westminster.

Los templos antiguos mas notables de París son la catedral (*Notre Dame*), San German de los Prados, San Estéban del Monte, y San German el *Auxerrois*; y todos ellos por su época y por el órden de su arquitectura pertenecen al género mas ó menos propiamente apellidado *gótico*; pero á pesar de su importancia respectiva, no parecen poder sostener la comparacion con otros infinitos monumentos religiosos que ostenta la Francia, y hasta la catedral de Nuestra Señora me parece inferior á las magníficas de Reims, Amiens, Tours, Strasburgo, etc. Sin embargo, por su respetable antigüedad (siglo XII), por su imponente grandeza y nobles proporciones, es muy digna de particular encomio, y seríalo aun mas si la mano del hombre (que vence en osadía á la del tiempo), no hubiera, bajo el pretexto de renovaciones, hecho desaparecer gran

parte de su carácter primitivo; así vemos que en la fachada principal, en aquella *sinfonia de piedra* (como le place caracterizarla al entusiasta Victor Hugo), se echa de menos gran parte del caprichoso follage y adornos de estatuas tan propio de este género de construcciones; y penetrando en el interior, observamos que el revoque profanador de las paredes y columnas, y la desnudez afectada de los altares, la priva á nuestros ojos de aquella fisonomía poética y sublime que tan profundas sensaciones hacen experimentar otras templos semejantes.—Recorridas las naves de la iglesia, el forastero no deja de subir á la plataforma de las torres, siquiera no fuese mas que por el placer de contemplar á París á la altura de *Cuasimodo*, y de unir su propio nombre á la infinidad de otros mas ó menos ignorados que cubren las pizarras del andén.

Entre las iglesias modernas de aquella capital son los mas notables las de los Inválidos, el Panteon (Santa Genoveva), San Sulpicio, y la Magdalena, que pueden justamente colocarse entre los mas bellos monumentos del arte; tambien hay otras modernas ó renovadas con mas ó menos suntuosidad que sirven de parroquias, como San Roque, San Eustaquio, la Asuncion, y Nuestra Señora de Loreto; pero aquellas, formadas sobre los modelos griegos y romanos, tan análogos á sus creencias religiosas, y estas, revestidas por su mayor parte de formas teatrales y halagüeñas, inspiran, sin saber por qué, mas interés que respeto, y pueden ser consideradas mas bien como páginas brillantes del arte, que como tributos de un pueblo creyente á la fé y religion de sus mayores.

Forma sobre todo la admiracion de los inteligentes la magnífica rotonda sobre que descansa la cúpula del templo de los Inválidos, construccion atrevida y elegante del

arquitecto Mansard, que no cede en belleza á las justamente célebres de San Pedro en Roma y San Pablo de Lóndres. En el centro de esta rotonda es donde ha de colocarse el monumento fúnebre para depositar los restos del emperador NAPOLEON, y los mas célebres arquitectos de la época se disputan el honor de combinar un pensamiento correspondiente á la grandeza y magestad del sitio, y á la alta nombradía del hombre ilustre á cuya memoria se dedica.

La iglesia de Santa Genoveva, formada á imitacion de las basílicas romanas, es un monumento realmente admirable del pasado siglo; y destinado por la Asamblea constituyente para lugar de sepultura de todas las grandes celebridades del pais, es conocido bajo el nombre de *Panteon Nacional*, y por bajo del fronton que decora su entrada se lee esta inscripcion: «*Aux grands hommes la patrie reconnaissante.*»—Soberbio es el aspecto exterior de este magnífico monumento; su grandioso peristilo, su elegante cúpula sostenida por una bella columnata circular, y el hermoso fronton con relieves alegóricos que decora la entrada, predisponen admirablemente el ánimo del espectador.—Penetrando en el interior, no puede menos de continuar en su admiracion, contemplando la altura y magestade las bóvedas, la belleza de las pinturas al fresco en la nave principal; pero instantáneamente se apodera de su imaginacion la idea de un inmenso vacío producido por la falta del culto, por la ausencia de la Divinidad, desterrada inoportunamente de aquel sitio para dar lugar al apoteosis de las miserables grandezas humanas.—Este remedo político de la religiosa é histórica abadía de Westminster, verdadero templo de gloria abierto á todas las celebridades de la Gran Bretaña, está bien lejos de inspirar en el ánimo del visitador aquel místico respeto,

aquella sublime admiracion que su modelo; y esto consiste en que el Panteon francés no está santificado por la religion ni por la historia; antes bien usurpó á aquella uno de sus templos, y quiso crear esta en virtud de un simple decreto.—Lo mas singular es, que aun admitido este origen, ha sido tan desmentido en la práctica, que únicamente se ven en las bóvedas de Santa Genoveva dos sepulcros de personas realmente notables, y son los de *Francisco Arouet de Voltaire* y de *Juan Jacobo Rousseau*. Los demás están dedicados á personas de escasa nombradía; tal oficial, v. g., que murió en un asalto; tal magistrado que trabajó en un Código; ó cual cortesano que llegó al sillón ministerial. Y mientras tanto yacen en diversos sitios los filósofos Pascal, Descartes y Montaigne; los inmortales autores del *Telémaco* y de el *Espíritu de las leyes*; los grandes poetas *Moliere*, *Racine* y *Corneille*; los sagrados oradores *Bosuet*, *Flechier* y *Massillon*; los ilustres generales *Turenne*, *Condé* y *Vandome*; los ministros *Sully*, *Richellieu* y *Colbert*, los tribunos *Manuel*; *Foy* y *Constant*; los artistas *Perrault*, *David* y *Talma*, y tantos otros hombres verdaderamente grandes como la Francia ha producido, y que el viagero espera justamente encontrar en el interior del Panteon.

El templo de la Magdalena, empezado á construir durante el imperio de Napoleon con el objeto, un poco vago, de *Templo de la Gloria*, y concluido últimamente, lleva en su configuracion verdaderamente griega el sello propio de la divinidad profana á que fué dedicado; y cuando andando los tiempos, variados los gobiernos y concluido el monumento, se ha querido cambiar su destino, poniéndole bajo la invocacion de *Magdalena la penitente*, no se ha hecho mas que cometer un gran absurdo, que contrasta real-

mente con la notoria ilustracion de la nacion francesa.— Hay motivos para pensar que Napoleon al levantar aquel indefinido monumento, quiso labrarse un sepulero digno de su grandeza, como los Faraones de Egipto en las Pirámides, ó el emperador Adriano en el castillo de Roma.

Las demás iglesias arriba mencionadas tienen tambien su respectivo mérito en cuanto á la forma, y son mas características como parroquias de estendida feligresía, y en las cuales el culto divino parece ser su objeto principal. A ellas acude una numerosa concurrencia, en especial los domingos, en que se celebran con solemnidad los misterios religiosos, y se pronuncian escelentes discursos por los celosos pastores á quien está cometida la instruccion y el alivio espiritual del pueblo.—No es tampoco extraño el ver en ellas á las primeras damas de la opulenta capital hacer personalmente la demanda de limosnas para los pobres del distrito; ó escuchar á los primeros artistas de París unir sus voces y magníficas orquestas á los ecos del órgano religioso.—Ignoro si la moda, la vanidad ó hasta las oposiciones políticas influirán en estas demostraciones, más aunque la verdadera y sólida piedad; pero no he podido menos de reconocerlas y compararlas con el estado de frialdad é indiferencia que observé en este punto del culto, cuando hace siete años visité por primera vez aquel pais. Entonces hallé desiertas casi del todo las iglesias de la capital, y perdida la voz de sus oradores en el silencio de sus bóvedas; ahora con dificultad he podido penetrar en San Roque durante la misa del domingo, y he escuchado al reverendo padre Lacordaire, *vestido con el hábito de Santo Domingo*, predicar en la iglesia de Nuestra Señora delante de una sociedad numerosa y escogida.

Además de los templos católicos, que vienen á ser, me

parece, unos cuarenta, hay en aquella capital otras muchas iglesias de las diversas sectas religiosas, como la iglesia católica-francesa; las de los protestantes calvinistas y los luteranos; la iglesia griega; y las sinagogas de los israelitas. Son en general poco notables, á escepcion de las últimas, en especial la que está situada en la calle de nuestra Señora de Nazaret, donde se celebran los oficios de aquel rito con mucha solemnidad todos los viernes despues de puesto el sol.

Entre los muchos edificios públicos que la exageracion francesa califica de Palacios, merecen ciertamente esta denominacion los siguientes: Tullerías.—Real.—Louvre.—Luxemburgo.—Borbon.—Eliseo Borbon.—D'Orsay.—Instituto.—Legion de honor.—Justicia.—Bolsa.—Y Hotel de Ville (Casa consistorial).

Sin duda que el lector no espera encontrar aquí una descripcion artística de estos célebres monumentos, pudiendo acudir el que la desee á los innumerables libros especiales en què está consignada. Reconozcamos aquí nuestra incompetencia en la materia; evitemos á nuestros lectores el cansancio de la repeticion; y huyamos tambien del extremo de los viageros franceses, que á propósito de *impresiones de viage* nos *reimprimen* toda la historia de los pueblos que visitan, á contar desde los tiempos fabulosos, y todas las relaciones mas ó menos críticas que encuentran al paso.

Por otro lado, seria imposible que en algunos casos intentase yo entrar en esplicacion de detalles materiales, supuesto que con mi buena fé castellana empiezo por decir, que el palacio de las Tullerías, por ejemplo, solo le he visto por su parte exterior; pues colocado por mi calidad de

extrangero y por mi insignificancia política, fuera del círculo de tan elevada esfera; no siendo representante en aquella capital de otros intereses que los de mi natural curiosidad; y oscurecido, en fin, entre la turba de viandantes que de todos los puntos del globo acuden diariamente á la capital de los franceses, no es nada de estrañar (ni por eso me doy por sentido) que el poderoso monarca que ocupa su trono (actual inquilino de aquel palacio), no se haya acordado de mi humilde persona para invitarme á sus festines y *soirées*. Razon por la cual, y sin dárseme tampoco el menor cuidado, me limité en varias ocasiones á ásestar mi antejo escrutador al vetusto alcázar de la monarquía francesa, que (perdóneme su ausencia) no conserva de bello mas que su misma respetable antigüedad.

El Palacio Real de Orleans, propiedad de S. M. Luis Felipe, y su morada antes de subir al trono de Francia, fué construido por orden del célebre cardenal de Richelieu, y legado por él en su testamento al rey Luis XIV, que posteriormente le cedió á su hermano el duque de Orleans.—En mi primer viage á París en 1833 visité el interior de este palacio, y la galería de cuadros propia de su augusto dueño que le adornaba, dos de los cuales llamaban singularmente la atención por el contraste político que ofrecian; representando el uno al mismo Luis Felipe emigrado y proscrito, regentando una escuela de geografía en una ciudad de Suiza, y el otro al rey de los franceses jurando la Carta constitucional en manos de los representantes del pais.—Estos cuadros y otros de dicha galería han pasado despues al Museo histórico de Versalles, é ignoro si habrá sucedido lo mismo con el resto de la galería.

Pero lo mas notable de este palacio es todo lo que no puede llamarse propiamente tal, esto es, los bellos edifi-